

ORE POR NUESTROS JOVENES

“Nuestros jóvenes aman el lujo. Tienen malos modales, desprecian la autoridad, son irrespetuosos con las personas mayores y disfrutan interrumpir las conversaciones. Ya no se levantan cuando los adultos entran a un lugar. Contradicen a los padres, hablan delante de las visitas, se atragantan con al comida y tiranizan a sus maestros”.

No crea que este comentario lo hizo un observador de nuestros tiempos. Sócrates, el famoso filósofo griego, fue quien escribió esta crónica de lo que sucedía con la juventud en su época, unos 450 años antes de Cristo. Como podemos ver, los problemas que enfrentan nuestros jóvenes no son nuevos. David Padfield, un predicador del evangelio, dice que *“las tentaciones que enfrentan los adolescentes hoy pueden venir en una mejor envoltura que en la generación pasada, pero aún pueden ser resumidas en ‘los deseos de la carne, el deseo de los ojos y la vanagloria de la vida’ (I Juan 2: 16)”*.

¿Qué haremos nosotros? ¿Seremos como Sócrates, meros observadores de la tragedia moral y espiritual en que están sumidos los jóvenes de nuestra sociedad? ¿Nos sentiremos simplemente a censurar la manera de vestir, de hablar y de conducirse de los jóvenes cristianos que reflejan la manera de pensar de la corriente de este mundo o época?

Algunos dirán con aires de superioridad que es responsabilidad de los padres educar espiritualmente a sus hijos y llevarlos a la iglesia para que esta les asista proveyendo instrucción y un ambiente propicio para el crecimiento espiritual. Esto es cierto y no pretendemos liberar de responsabilidad a padres negligentes en la formación espiritual de sus hijos. Aún así, la pregunta permanece: ¿Qué vamos a hacer nosotros por nuestra juventud? ¿Los dejaremos continuar su propio camino? ¿Diremos con aires de indiferencia que ese es el problema de ellos y de sus padres? Lejos de nosotros esté el pensar que el problema espiritual de un miembro del cuerpo de Cristo es su problema solamente.

¿Qué pues podemos hacer por nuestros jóvenes? No los tratemos de cambiar con tácticas de intimidación como el rechazo, la crítica negativa o las amenazas. Recuerde que la transformación que busca Dios no es cosmética o superficial. Dios no busca la reforma de la conducta del individuo, sino la transformación desde el interior (**Mateo 15: 7-20; Juan 3: 1-8; Efesios 4: 17-32, etc.**). Puesto que nosotros no podemos cambiar el corazón de ninguna persona, sólo el Señor puede hacer esto, lo único que nos queda es orar. Pero, orar no es el último recurso, a lo que recurrimos cuando todo lo demás nos ha fallado.

La oración es nuestra principal herramienta de ministerio y arma espiritual (**II Corintios 10: 3-5; Efesios 6: 10-20**). Es lo primero que hacemos ante cualquier situación. Es el poder del cristiano para alcanzar lo que aparentemente es imposible. Ante una apatía significativa hacia la iglesia, la Biblia y todas las demás cosas espirituales, la oración nos abre un mundo de posibilidades para rescatar a nuestros jóvenes y volverlos al redil.

A través de la intercesión invocamos la presencia y el poder de Dios para quebrantar corazones duros, abrir los ojos a los ciegos espirituales para que vean su propia condición y convertir al alma indiferente. No podemos permitir que Satanás arranque a los nuestros del redil del Señor. La oración por los jóvenes hará la diferencia y pronto podremos ver los resultados, para gloria de Dios (de hecho un grupo de nosotros que hemos venido orando por ellos hemos visto ya lo que Dios ha hecho). Pero esto es apenas el principio.